

país, sea cual fuere su rango en la jerarquía social ¡Soy blanco! es decir, no soy indio; dicen con orgullo á los extranjeros que se lo preguntan. Tienen en un alto grado de inferioridad á todo aquel que tiene la sangre mezclada. Son inteligentes y de grande aptitud para las ciencias y las artes, dedicándose con pasión á unas ó á otras. Si en México llegara á extinguirse la guerra civil constituyéndose definitivamente la nación, será debido sin duda á esta clase de hombres notables en las ciencias y en las letras.

Los *mestizos* forman lo que pudiera llamarse el estado llano ó la clase burguesa de la población; son altivos y envidiosos, enérgicos por carácter, notables por su agilidad, actividad y destreza en los ejercicios corporales. Ardientes y ambiciosos, procuran estos hombres, por todos los medios imaginables, adquirir conocimientos y riquezas para destruir todo pretexto de inferioridad entre ellos y la clase puramente blanca.

Los indios son de carácter dulce, apacible y laborioso; algunas veces tenaces y porfiados; casi siempre ignorantes y estúpidos, practican con toda suerte de demostraciones fanáticas la religión católica, no entendiendo ordinariamente, como suele decirse, de la misa la media. Con la docilidad natural tan propia del carácter del indio, si los gobiernos le hubiesen proporcionado medios para instruirse y desarrollar un poco sus facultades intelectuales, habría podido obtenerse de él cuanto se deseara. Se ha echado á los españoles la culpa de la abyección en que se encuentra la clase indígena; mas hay que preguntar ¿acaso ha mejorado su condición después de la independencia mexicana? El indio es quien alimenta á los habitantes de las ciudades con el producto de los campos que labra ó de la industria que ejerce; solo el indio tiene el vigor y la energía necesarios para entregarse á esas fatigosas tareas que repugnan los mexicanos nacidos en las ciudades. Así un número considerable de estos vejeta en la ociosidad más vergonzosa, si ya no es que los instintos perversos les arrastran á engrosar las cuadrillas de salteadores de camino real, una de las grandes plagas que suelen asolar este desgraciado país. La clase ínfima generalmente se halla hundida en la corrupción y el embrutecimiento; la pereza y la embriaguez mantienen la inmoralidad más degradante entre los *léperos*, especie de *lazzaroni* entre los mexicanos. Esos miserables,

á quienes por andar casi desnudos también llaman *pelados*, envueltos en un zarape, grasientos y andrajosos, vense en los arrabales, acurrucados contra las cercas ó los bardales, ó tendidos de barriga en el sol, en grupos más ó menos numerosos; diviértense holgazanamente en buscarse los piojos, que les devoran ó en jugar al *taxte* ó á la *rayuela*, para terminar en riñas y pendencias, las más veces sangrientas. Imprudente sería aventurarse sin ir previamente armado de un buen revólver, por la noche, á esos barriales apartados donde habitan esos desarrapados de quienes apenas se ocupa la policía.

Las costumbres mexicanas tienen analogía con las de los españoles; exteriormente aparentan cierto tinte monástico y de una devoción exagerada, dejando en el fondo mucho que desear respecto de la sólida educación cristiana.

Por la noche suelen reunirse algunas familias amigas para conversar, tomar el té ó jugar un poco y divertirse. A reuniones de esta clase llámaseles *tertulias*; concúrrese á ellas principalmente para jugar, porque en México es el juego la pasión dominante en todas las clases sociales y entre las personas de todo sexo y condición. Se juega á los dados, á la ruleta, al *monte*, juego de naipes importado de la península ibérica; hombres, mujeres, señoritas, ancianos, todos se apiñan al derredor del tapete verde, cubierto de oro.

Espanta verdaderamente ver la calma con la cual un padre ó una madre de familia exponen sumas considerables, quizá fortunas enteras, cuya pérdida les arrojará á la miseria más horrorosa. Esta sórdida pasión devora á la nación entera que pasa las noches en los garitos y los días enteros en dormir. El furor por el juego ha invadido á todas las clases, aún las más ínfimas, de suerte que en los mercados, en las plazas públicas, en los cuarteles, en las cárceles, en las cantinas, en los cafés, no suelen verse mas que jugadores.

La raza criolla es generalmente hermosa; las mujeres son pálidas, los hombres morenos, pero unas y otros son notables por la armonía de sus gracias naturales. Las señoras siguen las modas parisienses con tanta regularidad como las damas de provincia en Francia; no más que este género de coquetería suele ser ruinoso para las familias.

Las indias andan vestidas de un zagalejo muy corto, café ó encarnado, y una especie de chaquetilla abierta por el pecho; van con la cabeza descubierta; á las veces suelen llevar sombreros de borra parduzca, de ala tendida. Siempre andan con las piernas desnudas y rara vez van calzadas, solo en la ciudad.

Todo el mundo fuma, hombres, mujeres y niños, cigarrillos cuya privación les sería más penosa que la del pan mismo; tan arraigada está la necesidad que los mexicanos experimentan de fumar.

El pueblo mexicano gusta mucho de fiestas religiosas, hasta poderse decir que abusa de ellas; casi no se pasa semana sin que, á pretexto de vivir como buen cristiano, no abandone por dos ó tres días el trabajo, para entregarse á un reposo que ama en demasía. Por la noche la fiesta de algún santo suele celebrarse con fuegos de artificio, y lo mismo suele ser en las fiestas cívicas, metiendo gran ruido con repiques, tambores, clarines, cohetes y salvas con armas de fuego, que por fuerza mantienen despierto al que desea ó tiene necesidad de dormir, prolongándose este martirio á las veces por más de veinte y cuatro horas. No hay en México fiesta posible suprimiendo alguna parte, por mínima que sea, de este programa, que solo puede agradar á los que á él se han acostumbrado desde la infancia.

XIII.

De Puebla á México.

El día 2 de Junio se puso en marcha el ejército francés sobre México, que acababa de ser evacuada por el Presidente Juárez. Saliendo de Puebla por la ruta que conduce á la capital, divísanse llanuras inmensas cubiertas de rica y abundante mies; el campo está abierto y poco accidentado. Frente á nosotros se levantan los dos gigantes de la cordillera: el Popocatepetl y el Ixtlauhual con sus eternas nieves. Magníficas rancherías y aldehuelas salpican por todas partes la fértil campiña. La primera etapa fué en Río Prieto, vasta hacienda destrozada que está amenazada, como todas las construcciones que vamos encontrando de alguna importancia, de su próxima y completa destrucción. Sobre la orilla derecha del río de Texmelucan, existía un campo atrincherado que las tropas de Comonfort habían ocupado durante el sitio; aquella posición parecía muy fuerte.

A derecha é izquierda veíamos bellas haciendas circundadas de extensos sembrados de maíz y de trigo; y por último después de haber dejado á la derecha el pueblo de indios de Comoscolate encaramado en una altura cercana á un acueducto de construcción notable, llegamos al vivaque de San Martín. Asíéntase este pueblo en una encantadora situación al pié de las montañas. No lejos de nosotros se encuentra la aldehuela de San Juan, al pié del volcán, siendo el panorama que á nuestra vista se presenta de los más bellos. La subida desde luego es muy pendiente; los cultivos escasean; las montañas están cubiertas de espesura abundante de sabinos altísimos; la temperatura es fría y el viento sopla con ímpetu; por un tosco puente de mamposería se atraviesa una barranca profunda, dominada por alturas espesamente boscosas. Aquí es donde los bandidos acostumbran desbaliar á los viajeros. Llegamos al vivaque de Río Frío con un tiempo tan cubierto que no nos permitió hacer apreciación alguna del paisaje, que nos pareció en general muy triste. El pueblecito es de un aspecto miserable, formando un contraste singular con cuanto se divisa en la llanura. La garganta de Río Frío está á una altura de como tres mil metros sobre el nivel del mar; un frío intenso y penetrante reina allí todo el año. Es el punto culminante de los lugares habitados en la cordillera. El punto de vista es allí seductor, unas cuantas leguas más lejos, en el sitio llamado la Venta de Córdoba, desde donde se ve desenvolverse una llanura inmensa que se pierde de vista; más allá la simpática villita de Chalco, cuyo pié bañan las aguas del hermoso lago que le impone su nombre. Descúbrense por todas partes lagos tranquilos, campos cultivados y cubiertos de mies, ó espléndidos jardines rebosando de frescas y olorosas flores, rivalizando entre ellas en belleza las familias vegetales de Europa y América. Al borde de los lagos, á semejanza de los más bellos tablazos de agua de la Suiza, se asientan con molicie numerosos pueblecillos y aldeas entre arboledas de olmos y de chopos. Todo este delicioso paisaje brilla á la luz de un cielo diáfano y enteramente azul, con ese hermoso azul obscuro producido por el aire seco y enrarecido de las alturas terrestres. Vivaqueamos en Buena Vista. Desde este punto hasta México, hay que atravesar infinidad de pueblecillos cuya fisonomía es poco más ó menos idéntica á la de

los que dejamos descritos. Las poblaciones acudían en masa á nuestro paso significándonos su alegría con toda suerte de demostraciones. Como es de rigor en esta bendita tierra, se quemaron muchos cohetes, con su acompañamiento obligado de repiques á todo vuelo.

Por fin el día 7 de Junio divisamos las primeras casas de los suburbios de México, á donde entramos pocas horas después, yendo á nuestra cabeza el General Bazaine.

En la lengua de los indios, México quiere decir *frente ó manantial*, y en verdad hay tantas fuentes en torno de la capital que bien merece tal nombre. Por los años 1160 los Aztecas, abandonando su patria Aztlán, país situado al Norte del Golfo de California, fueron en busca de otra comarca que les ofreciese mayores facilidades para la vida. Dirigiéndose al Sur, llegaron á la Mesa de Anáhuac, donde resolvieron establecerse; pero inquietados constantemente por las tribus que, antes que ellos, se habían allí instalado, fueron emigrando de comarca en comarca, acabando por refugiarse en Chapultepec, de donde vinieron á fijar su permanencia en Aculco, grupo de islas situado en la extremidad meridional del lago de Texcoco. Allí vieron ellos sobre un nopal, que descollaba por entre las hendeduras de unos peñascos, una águila de talla desmesurada y de rara belleza, con las alas extendidas en el aire, y devorando con el pico una serpiente, á la cual sujetaba entre sus garras. Este acontecimiento raro, conforme á las tradiciones populares, constituía el augurio que indicaba el lugar donde debería fundarse su metrópoli; la que fué en efecto construída por los años 1325, recibiendo el nombre de Tenochtitlán, que según los intérpretes significa: nopal que crece sobre una piedra. Pero más tarde cambióse aquel nombre en el de México á causa de los principales dioses cuyos nombres eran: Huitzilopochtli y Mexitli, significando este último *hoja de pita ó Maguey*. (*)

En 1521 la ciudad fué tomada y destruída de arriba á abajo por los españoles, en un sitio que duró tres meses; cuatro años después, Fernando Cortés había levantado sobre las ruinas una nueva ciudad, más bella y regular, aunque menos extensa que la antigua.

[*] Nos hace gracia recordar que un chusco español ha escrito, que la estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York, está circundada de un resplandor de *hojas de Pita*.—N. del T.

Desde los tiempos de la conquista corrió aquella capital los riesgos de verse sumergida en las aguas desbordadas de los lagos vecinos; así de 1629 á 1634 estuvo inundada durante cinco años consecutivos, pudiéndose andar por las calles solamente en canoas; infinidad de casas viniéronse abajo y la miseria fué espantosa.

Al entrar á México, es el aspecto de la ciudad tan gracioso como el de las campiñas que acaba uno de recorrer; bellísimas y espaciosa calle, perfectamente embanquetadas, extendiéndose hasta perderse de vista, anuncian desde luego que se ha entrado en una gran capital. Las casas, altas y bien construídas, con balcones dorados, exteriormente decoradas con pintura al temple y coronadas de terrazas cubiertas de tiestos con flores, ó, por mejor decir, de verdaderos jardines, dan á la ciudad un carácter particular. El gusto por las flores es universal en este país; criollos, indios, extranjeros, todos se entregan á esta dulce pasión; las tiendas, las provisiones que se lleva á los mercados, las cabezas de las señoras, todo está cubierto de flores.

La ciudad presentaba un aspecto alegre y animado, haciéndole olvidar que acababa de atravesar por un período de revolución de cuarenta años.

Hay en México muchos extranjeros, Norte-Americanos, Ingleses, Alemanes, Españoles, Franceses y otros que han contribuido al adelantamiento de esta ciudad en las artes, las ciencias, el comercio y la industria.

La gran plaza ó Plaza Mayor es una de las más vastas y más bellas que hay en el mundo. Uno de sus costados lo ocupa la catedral, magnífico edificio, que en otro tiempo fué soberbiamente rico; antes de la revolución liberal había allí dos hermosas estatuas de la Virgen María, ambas de oro macizo. Este hermoso templo más vasto que el de Puebla, es sin embargo menos regular en las formas y en los detalles de ornamentación, así como en sus proporciones arquitectónicas, interior y exteriormente consideradas. Se hace subir á algunos millones el valor de los vasos sagrados y de las alhajas que encerraba esta espléndida catedral. Solo las dos estatuas de que hemos hecho referencia se estimaban en tres millones, á causa del gran número de diamantes que las enriquecía. En otro de los costados de la plaza está el inmenso palacio del presidente de la república. Contiene,